



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: Confidencias de Luis Cardoza y Aragón. Vallejo, soledad llena de mundo

Autor: Montiel, Edgar

Forma sugerida de citar: Montiel, E. (1992). Confidencias de Luis Cardoza y Aragón. Vallejo, soledad llena de mundo. *Cuadernos Americanos*, 4(34), 27-34.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, Año VI, Núm. 34, (julio-agosto de 1992).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto dónde se indique lo contrario, éste artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados. 4.0 Internacional (CC BY - NC - ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México.
<https://cialc.unam.mx/> Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

CONFIDENCIAS DE LUIS CARDOZA Y ARAGÓN. VALLEJO, SOLEDAD LLENA DE MUNDO

Por *Edgar* MONTIEL
ENSAYISTA PERUANO

—**C**ONOCÍ A VALLEJO EN 1925. Yo era muy amigo de Alfonso de Silva, el músico, el que tocaba tangos en cafés y restaurantes. Una noche me llevó a visitar a Vallejo, andábamos por la zona de Montmartre —cerca de la Ópera y el Folies Bergère—, y fuimos a visitar a su compatriota. Alfonso me había hablado mucho de él. Vivía en un modesto hotel, en la rue Molière si no me equivoco; ya era muy tarde pero tocamos la puerta, y cuando entramos lo encontramos durmiendo junto a otro joven. Esto me desconcertó un poco, pensé que eran homosexuales. Vallejo se incorporó y me invitó a entrar y charlamos mucho y me di cuenta que ambos eran muy varones. Y me dije, pues, la mariconada hubiera sido que Vallejo en ese frío hubiera mandado a dormir en el sofá a su amigo.

Su vida y su obra se unimisman y hacen de Luis Cardoza y Aragón una extraña epopeya. A los 88 años, retirado en su casa de Coyoacán, entrega sus horas a la meditación y la escritura.

Hace un par de años estuvo una vez más en la cresta de la ola: publicó sus memorias *El Río. Novelas de caballería*, donde en 900 páginas vuelca su ya largo trajinar, arregla cuentas pendientes, denuncia incongruencias y endereza laberintos con esa prosa pautada y tajante, alusiva y reveladora.

Decir que fue un vanguardista de la primera hora es decir muy poca cosa. Sus poemas de *Luna Park* (1924) y *Maelstrom* (1926) ayudaron a colgar al romanticismo decimonónico en lo alto de una antena inalámbrica. Andariego y nocheniengo, libre y libertino, radical y candoroso (disculpen el pleonasma), hombre de su siglo aventurado en los deberes de la Historia. Al descifrar los signos de su tiempo no esquivo la política —*Guatemala: Las líneas de su mano*, es una prueba—, trata de usted a la poesía (y de aspirina a

los surrealistas), hermano razonable de Artaud, vive instalado en la crítica tanto a la señora injusticia como a las artes plásticas, a las que dedicó no sé cuántos libros: ‘‘La plástica, arte del espacio; la poesía, arte del tiempo. La nube y el reloj. Espacio, forma, nube, imprecisión, Tiempo, expresión conceptual, precisión lírica, reloj. Piedra y canto’’.

Para cumplir el encargo me permití invocar su amistad e irrumpir una vez más en su mundo soledoso, seguro de que despertaría su entusiasmo pues se trataba de hablar de un poeta de sus querencias: César Vallejo, el *Huaco* —como le llamaba en París—, el de la inmensa ternura y palabra punzante, el poeta atendido a las vísperas eternas de un día mejor. Y me entregó generoso una charla plena de confidencias y prendas emocionales, me transmitió su verbo vibrante y cincelado, de poeta, sobre el amigo entrañable con quien compartió la fiebre de la creación en los turbulentos años veinte.

— Así que de ese modo se inició su amistad con Vallejo, cuando lo encontré durmiendo con Julio Gálvez, el sobrino de Antenor Orrego, con quien salió de Lima y acabó fusilado por los franquistas en la Guerra Civil...

— Esa noche hablamos mucho, incluso ya lo visitaba con frecuencia y alguna vez —como la cama no era grande—, dormí en el sofá. Y pude conocer su gran fervor humano, esa ternura y temple a la vez. Los latinoamericanos que estábamos en esa época —hablo de Alejo Carpentier, Uslar Pietri, Toño Salazar (que le hizo varias caricaturas), Félix Pita Rodríguez, César Moro, Vicente Huidobro, Miguel Ángel Asturias— lo tratábamos como *El Huaco*. Sabíamos que venía de una región donde había florecido la cultura mochica, mestizo con un rostro aindiado, delgado, tenía una desolación de cara angosta, más enjuta por la nariz aquilina. Como he dicho alguna vez: tenía cara de reja de arado que hendía la tierra y sembraba pedernales. Era de temperamento fuerte, a veces de mal humor y vivía con mucha austeridad. Denotaba un mundo interior tan vasto y en conflicto. Los peruanos que estaban en esa época le llamaban *El cholo, el cholito*. Vallejo respondía con una leve sonrisa cuando le llamaban así.

— Dice en sus memorias que la aventura de vivir y hacer obra en París estaba llena de satisfacciones amorosas, con mucho éxito con las mujeres, que Gálvez...

— Yo me hice muy amigo de Julio Gálvez. Era un hombre muy curioso, comedido, sabía hacer de todo; era un muchacho alto, bien parecido y con gran éxito entre las mujeres, que las hacía felices viviendo de ellas. Julio Gálvez me presentó muy buenas amigas.

Vallejo tenía también sus amigas —creo que Georgette todavía no aparecía—; eran becas que nos otorgábamos. Los furores de la juventud no nos dejaban tener ideas moralistas frente a las mujeres. Considerábamos los muchachos que era promiscuo tener más de diez amigas, si había menos no había problemas... Pero Vallejo tenía mucho sentido del pudor, ¡había que ver a los que estudiaban conmigo medicina! Alfonso de Silva los conocía...

— Alfonso de Silva fue otro de sus compañeros de aventura...

— No sé si Alfonso tuvo tiempo y logró crear obras de significación. He pensado muchas veces en él; lo recuerdo brillante. Un arcángel en la miseria. Como de ninguno más estábamos ciertos de sus dotes. Su belleza física gemela de su alma. Fraternal, fino y terrible como un puñal. Delgado y casi alto, cabello hasta los hombros, rostro con no sé qué de cuarzo y marítimo.

Sabe, Edgar, qué le pasó al volver a su tierra. ¿Se sintió en un páramo después de su áspera y ardiente vida en París? Para mí su recuerdo está ligado al de César Vallejo. Él me condujo a conocerlo. Eran íntimos y se querían fervorosamente. Alfonso de Silva creo que murió joven, según lo colijo del poema que Vallejo le dedica, fechado el 9 de octubre de 1937:

Alfonso: estás mirándome, lo veo,
desde el plano implacable donde moran
lineales los siempre, lineales los jamases.
(Esa noche, dormiste, entre tu sueño
y mi sueño, en la rue de Ribouté).

— ¡Qué bien se acuerda de ese poema!

— No le ofrezco todo el poema, tomo líneas de aquí y allá:

Palpablemente
tu inolvidable cholo te oye andar
en París, te siente en el teléfono callar.
En la "boîte de nuit", donde tocabas tangos,
tocando tu indignada criatura tu corazón
Sufro, bebiendo un vaso de ti, Silva.

Y cierra así la elegía:

Hoy es más diferente todavía;
hoy sufro dulce, amargamente,

bebo tu sangre en cuanto a Cristo el duro,
como tu hueso en cuanto a Cristo el suave,
porque te quiero, dos a dos, Alfonso,
y casi lo podría decir, eternamente.

Algunas noches, después del trabajo, su mujer volvía al Hôtel des Écoles, mientras Alfonso se desvelaba con nosotros, sus amigos más jóvenes. En las traspasadas sacudíamos la torpeza polemizando, enardecidos y suspensos, aún con el polvo de los Andes en los zapatos.

En nuestra perversión y desorden, en nuestras intuiciones, había pureza. Ignorábamos nuestra vida privilegiada y nos inventábamos, como todo adolescente, un infiernito real, porque más que una edad, la adolescencia es un delirio.

— Don Luis, Alfonso de Silva ha tenido una obra destacada, sus composiciones comienzan a ser mejor conocidas, sus *lieds* son interpretados y hace unos años se publicó su correspondencia con Vallejo. ¿Dígame, usted dejó sus estudios de medicina, y se entregó a la literatura? ¿Es entonces cuando se relaciona con los vanguardistas, los surrealistas?

— Los que estábamos en el grupo latinoamericano conocíamos a los que estaban en la vanguardia, teníamos relación con Robert Desnos, Tristán Tzara, Jules Supervielle, André Breton, Antonin Artaud —yo asesoré la publicación de sus obras en Gallimard— y así comenzamos a introducirnos en el mundo de las figuras, figurines y figurones del París de esa época. Mi generación fue la última que vio en París la cima de la cultura, la capital del mundo del arte y en Montparnasse, la capital de París. Los médicos, los artistas, los músicos, los escritores, los vagos, los rastacueros, acudían para su formación o perfeccionamiento. Pocos iban a Londres, a Berlín, a las ciudades o universidades norteamericanas.

El Louvre, la ópera, los cafés, la literatura, los burdeles, los teatros, la Revolución Francesa, la Sorbona, Nuestra Señora, la entonación de la vida, las audacias creadoras, la moda, las viandas y los vinos. París fue, es aún legendaria, toda una mitología para los hispanoamericanos. Según Heine, Francia dio al mundo los derechos del hombre y la buena cocina.

— Usted conoció a Artaud antes del primer Manifiesto Surrealista...

— Conocí a Antonin Artaud en París y a los surrealistas y no me convertí en su constante amigo. Es con lo irracional en las religiones

que el hombre se asoma a lo sublime, y el surrealismo, por senderos similares, con ímpetus míticos, deseó una trascendencia que en un nivel tan elevado no alcanzó nunca. Los conocí cuando se estaban haciendo, como nosotros, y no me impresionaron mucho. Ahora me percaté de que ninguno mejor que el corrosivo Artaud, héroe secreto de las sombras, encarnaba la juventud de la primera posguerra. Fue víctima de aquel mundo y el recuerdo de su voz hecha trizas impulsa las páginas que a mis años en París dedico en *El Río*.

Era delgado, eléctrico y centellante. Vino a México en busca de su esperanza. Expulsado de todas partes, vivió desangrándose, vivió atrozmente, la cabeza en llamas, gran señor de la miseria. El viudo, el inconsolado príncipe de Aquitania de la torre abolida. El tenebroso, cuya sola estrella está muerta y cuyo laúd constelado lleva el sol negro de la melancolía. Antonin Artaud era igual a *El desdichado* de su hermano Nerval.

— Entre los consagrados, o afamados de entonces, estaba el guatemalteco Gómez Carrillo y los peruanos García Calderón...

— Uno de los latinoamericanos más influyentes era mi compatriota Gómez Carrillo; lo visité cuando llegué a París, tenía veinte años, entonces él y su grupo —el viejo tenía muy buenas amantes— me vieron como una fierecilla. Recuerdo mucho la actitud de Vallejo con Gómez Carrillo: no lo odiaba ni lo apreciaba, le era indiferente y ahí residía su dignidad. Gómez Carrillo tuvo un gesto cruel con Vallejo: a la hora de comer lo invitó a tomar un aperitivo y una vez que le abrió el apetito, Gómez Carrillo de pronto se despidió diciendo que tenía otros compromisos, y lo dejó plantado con el hambre despierto. ¡Eso no es poca cosa cuando se vive en circunstancias tan adversas! ¡Eso nunca le hemos perdonado a Gómez Carrillo!

— Tiene razón, pero nuestra venganza es el olvido...

— Así es, ha publicado 87 libros de los cuales no recordamos ninguno. Era un prosista de superficies, no de honduras.

— Ustedes se habían posesionado de los cafés de Montparnasse: La Rotonde, La Coupole, Select y Le Dôme, célebre por los desayunos truculentos...

— A este café íbamos los latinoamericanos a tomar desayuno a cualquier hora. Había una parte para comer y otra era el *bistrot*, donde se tomaban tragos. Nosotros íbamos en grupo y pedíamos nuestro cafecito con leche y como había unas canastas con los *croissants* o medias lunas, como las llamábamos, engañábamos al hambre con estos pancitos, y pues nos echábamos cinco, seis o siete y al

momento de pagar decíamos que habíamos consumido uno o dos, y con lo que nos ahorrábamos pasábamos a la otra sala a tomarnos ese trago bien conversado, bien discutido, con todos esos latinoamericanos alborotados, ávidos de hacernos saber lo que habían leído o escrito. Allí le pedimos alguna vez leer sus poemas a Vallejo. Recuerdo también que Alejo Carpentier ayunaba con nosotros en esa época. Como hablaba mucho, eso le daba más apetito.

Pero, claro, había otros latinoamericanos que tenían una vida holgada, sin preocupaciones materiales. Estaba Ventura García Calderón, yo incluso le llegué a dedicar un poemario. Era entonces diplomático, un hombre influyente, que publicó un libro de éxito cuyo título decía algo de "cóndores". Ya andaba también por París con alguna responsabilidad diplomática Alfonso Reyes, a quien se refiere Vallejo en una de sus prosas, y estaba el ecuatoriano Zaldumbide, que tenía también achaques de escritor. Pero nosotros andábamos con la plebe, con la canalla parisina, recorriendo lujosamente todo ese mundillo francés.

— La última vez que lo visité me dijo usted algo que me dejó pensando: que cuando Vallejo leía sus poemas a ustedes les parecían impenetrables, herméticos, que versificaba con un lenguaje extraño...

— Una vez Vallejo se apareció en la terraza de la Rotonde como clavo oxidado, negro lebrél infernal, y nos leyó apuntes de un poema en donde alude a sus depósitos en Le Crédit Lyonnais. Nos sorprendió. Todavía escucho el comentario de Madó, linda prostituta borracha que sabía español aprendido en la cama con dos generaciones hispanoamericanas: "Il faut que tu evolues, espèce de fetus". Así era el ambiente, pero Vallejo impuso su voz, su iluminación y sus fatigas. Siempre me ha resultado un enigma en esos años jadeantes, no lo comprendí bien, no lo escuché bien. Sólo serenas lecturas posteriores me dieron una comprensión cabal de su obra. Tenía una manera muy propia de versificar, creía notar algo de torpe en su construcción, por lo que pensé que allí afloraba tal vez el humor del quechua, un temperamento y una sensibilidad que venían del pasado, de un ayer que asomaba a cada instante: esa angustia, esa nervadura, ese mundo interno afloraba siempre. Por eso he dicho que Vallejo ha inventado un lenguaje. No escribe en español sino en Vallejo. Eso le ha permitido crear su lenguaje, su manera de hablar, de versificar, y en eso fue un vanguardista a pesar suyo.

— ¡Qué hermosas y reveladoras son las palabras que usted dedica a su amigo en *El Río*! Si se tratara de definir su poesía, usted, como poeta, ¿qué diría?

— Poesía nunca lapidaria; poesía lapidada, cuyo ejercicio es diversidad mental y pendulaciones. Este encuentro arbitrario y casi demasiado bélico engendra su lenguaje. No sé qué de torpe, tal si en él hubiese impedimentos del quechua, tal si no imperara sobre su escritura sino su escritura sobre él. En dicha sensación está la sensibilidad y el pensamiento convertidos en conflicto, tropezándose y saltando.

Neruda trabajaba con imágenes; Vallejo no acuerda a ellas acogida semejante, y cuando las admite, son más inesperadas, sin suntuosidad ni oratoria. No comparo: miro el fluir del río Neruda, su pomposa gigante de Calipigia con enormes tetas de nodriza vacuna. Miro los páramos de Vallejo, las rocas peladas, el sol carnívoro, su noche cerrada como un cero.

Vallejo, más que decir, quiere decir, está lleno de candados y no encuentra la llave. Esencial es tal angustia en su poesía. Tartamudea su musa bizca que inventó un lenguaje. Se desuella antes de dictarle ese primer verso damoso y no torna a chistar. ¿Su musa? Sólo hay lluvia de ceniza y de fuego. Parco musgo aterciopela bronca lava. Es tierno erizo arrebujado en su espuma de agujas.

— ¡Formidable! ¡Esta definición es un poema! ¿Y qué diría del hombre?

— El poeta es laberinto, se recorre perdido y a punto del desmayo, se duerme. La videncia ha terminado y quedan escombros. Arena sangra por las narices. Una catedral en ruinas descubre al despertar. El último poema debe ser el último, y vuelve a la carga y escribe de nuevo, y de nuevo es avasallado por su Pitia despellejada.

En Vallejo, lo óptimo es cuando balbucea y atormentando al lenguaje atormenta y empala la sintaxis. Uno siente que su poesía nunca termina de pudrirse. A él le sale lava por la boca, y se explica y arde mejor y dice más cuando la supuración se antoja incoherente. La poesía sobrepuja la significación. La poesía dice lo que está diciendo. Su sentido literal es literalmente poético. No son unívocos sus términos.

Un poema es un tejido diáfano de enigmas.

Un poeta dice más de lo que dice.

La realidad es inverosímil.

Lo culminante irrumpe cuando más balbucea; cuando ignora qué decir y cómo decir lo que ignora; cuando le sale espuma por la boca, entonces sus águilas gorgoritean y rugen sus alondras. En la llanura camina al borde del abismo. No escribe en español sino en Vallejo, no tiene palabras sino guijarros.